

MADRES, MÁS ALLÁ DE LAS FLORES Y LOS HOMENAJES

En estos días, miles de familias de nuestra región celebraron —o están por celebrar— el Día de la Madre. Y aunque esta fecha puede variar en el calendario según el país, lo cierto es que se ha convertido en una de las conmemoraciones más significativas del año. Las vitrinas se llenan de ofertas, los restaurantes se colman de reservas y el comercio vive uno de sus fines de semana más activos del año. Todo parece girar en torno al homenaje, al regalo perfecto y a los saludos cargados de cariño. Sin embargo, detrás de las flores, los desayunos y las fotografías familiares, existe una realidad mucho más profunda que vale la pena detenerse a mirar.

Ser madre es una labor silenciosa, muchas veces invisibilizada, pero esencial para el funcionamiento de cualquier sociedad. Es amor incondicional, entrega permanente y una capacidad de resiliencia que pocas veces recibe el reconocimiento que merece. La maternidad no se limita a una fecha ni a una celebración dominical; es una tarea diaria que implica sostener emocional, económica y afectivamente a las familias, incluso en medio de las dificultades más complejas.

Por eso, más allá del festejo, esta fecha también debiera invitarnos a mirar con mayor empatía a aquellas madres cuya realidad dista mucho de las imágenes perfectas que muestran las campañas publicitarias. Hablamos de mujeres que crían solas, que deben multiplicarse entre extensas jornadas laborales y las responsabilidades del hogar, que llegan agotadas al final del día sin espacio para el descanso. Madres que sostienen a sus hijos con trabajos precarios, con sueldos insuficientes o enfrentando largas listas de espera en salud, educación y vivienda.

También están aquellas mujeres que han debido postergar sus propios sueños, estudios o proyectos personales para priorizar el bienestar de sus hijos. Muchas veces lo hacen en silencio, convencidas de que el sacrificio forma parte natural de la maternidad. Y aunque el amor hacia los hijos suele ser inmenso, eso no significa que el cansancio, la frustración o la soledad no existan. Hay madres que enfrentan depresión, ansiedad o agotamiento extremo, pero que sienten que no pueden detenerse porque todo depende de ellas.

A ello se suma otra realidad que suele permanecer

fuera de foco: la de las madres adultas mayores. Mujeres que entregaron décadas completas al cuidado de sus familias y que hoy enfrentan la vejez en soledad. Muchas viven en hogares de acogida o pasan gran parte de sus días esperando una visita que no siempre llega. Son madres que alguna vez fueron el centro de sus hogares y que hoy, en demasiados casos, sobreviven con escasa compañía y afecto.

En una sociedad que avanza con rapidez y donde el tiempo parece no alcanzar para nada, el riesgo de normalizar estas situaciones es cada vez mayor. Nos acostumbramos a pensar que las madres “pueden con todo”, como si el sacrificio permanente fuera una obligación natural y no una carga profundamente desigual. Sin embargo, reconocer el valor de las madres también implica cuestionar esas dinámicas y avanzar hacia relaciones más solidarias, donde el cuidado y las responsabilidades familiares sean compartidas.

Este Día de la Madre puede ser una oportunidad para ir más allá del gesto simbólico y transformar el cariño en acciones concretas. Tal vez sea el momento de acompañar más, escuchar con atención y valorar no solo el rol de las madres en nuestras vidas, sino también sus necesidades, sus tiempos y su bienestar. Quizás podamos preguntarnos cuántas veces damos por sentado ese apoyo cotidiano que parece inagotable, pero que muchas veces se sostiene a costa del propio desgaste.

También puede ser una invitación a comprometernos con quienes más lo necesitan. ¿Y si apoyamos a organizaciones que trabajan con madres vulnerables? ¿Y si dedicamos parte de nuestro tiempo a visitar a adultas mayores que viven en soledad? ¿Y si comenzamos a reconocer con mayor honestidad el enorme trabajo emocional y doméstico que tantas mujeres realizan día tras día? Porque el verdadero homenaje no está necesariamente en un regalo costoso, sino en el reconocimiento cotidiano a su esfuerzo, su resiliencia y su amor inagotable. Por la suya, la mía, las futuras y las que ya partieron: feliz Día de la Madre, con el corazón lleno de gratitud. Que esta fecha no sea solo una celebración anual marcada por el consumo, sino también una oportunidad para construir una sociedad más consciente, más empática y más solidaria con quienes han dedicado gran parte de su vida a cuidar de los demás.